

ROBERTO FERNÁNDEZ RITAMAR

A QUIEN PUEDA INTERESAR



ACERCÁDONOS
EDICIONES

C. MEDINA

A quien pueda **interesar**

Roberto Fernández Retamar



ACERCÁNDONOS
EDICIONES

Diseño de tapa: Acercádonos Ediciones
Ilustración de tapa e interiores: Carlos Medina

Acercádonos Ediciones

Web: www.acercandonoscultura.com.ar

Encontrá y adquirí los materiales en digital en nuestra distribuidora:

www.culturaesintegracion.com.ar

Fan Page: Acercádonos Cultura

Twitter: @mcacercandonos

WhatsApp: 11 6011-0453

Canal de Telegram: t.me/acercandonoscultura

Instagram: [acercandonos.cultura](https://www.instagram.com/acercandonos.cultura)

Rondeau 1651, 1 Piso, Cdad. Aut. Bs As.

Primera edición de 500 ejemplares, noviembre 2020.

*Acercádonos Ediciones es propiedad
de Cooperativa de Trabajo Comunidad Limitada.*

*Hacemos libros soñando un mundo mejor ...
Ojalá que este ejemplar colabore a ese fin.*

A quien pueda interesar
Roberto Fernández Retamar

NOTICIA

Los poemas aquí reunidos fueron escritos entre los años 1958 y 1965. Su autor, Roberto Fernández Retamar (1930-2019), los seleccionó, en una versión más amplia y abarcadora en el libro **A quien pueda interesar** (Siglo XXI editores, México. Primera edición, 1970 y Segunda edición, 1974). Para esta ocasión, a pedido de Argentina, reduzco dicho volumen, en aras de posibilitar esta publicación, la primera que se gesta en ausencia del gran poeta que fue y es Retamar. Cumpló la tarea con el gran dolor y la inmensurable responsabilidad que significa ser su albacea. He respetado la ortografía de la época, así como los capítulos y divisiones del libro original.

Incorporo palabras tuyas para la ocasión, mucho más explícitas y genuinas de las que pudiera balbucear yo, y que señalan el verdadero propósito de esta antología mínima: [...] *éstos son los versos que he escrito en la Revolución, lo cual, por supuesto, no quiere decir por obligación sobre ella. [...] Al decidirme a publicarlos con el título A quien pueda interesar, lo hago confiado en que en su modesta sequedad de documento el lector pueda descubrir un testimonio dirigido a él, y proveniente de quien ya conocía, amaba y practicaba (digamos así) la poesía antes de que el gran sismo histórico viniera a revelarle un mundo y, por supuesto, a conmoverle el alma –y la voz.*

*Laidi Fernández de Juan
Enero, 2020*

SÍ A LA REVOLUCIÓN

(1958-1962)

*Pero lo que importa es la revolución
lo demás son palabras
del trasfondo
de este poema que entrego al mundo
lo demás son mis argumentos.*

ESCARDÓ

I. Vuelta de la antigua esperanza

LA POESÍA, LA PIADOSA

¿Qué hace la poesía, la piadosa,
La lenta, renaciendo inesperada,
Torso puro de ayer, cuando los broncos
Ruidos llenan el aire, y no hay sitio
En su impecable reino que no colme
La agonía?
Ah, el que se entrega dócil
A los lamentos o a las aleluyas
Que ella proclama, sola, ¿cómo puede
Evitar que su aliento lo estremezca
(así el aire a las puntas de los árboles)?
La poesía es femenina, pero
Su cuerpo no es de novia, que es de madre.
No se le ven los labios, sí el regazo,
Sí el brazo tosco y ancho. Ella cuida en
La noche de las bárbaras estrellas,
Ella engendra, doliente, ella procura
Abastecer las bocas, y en su lecho,
Más de amargura que placer, el sueño
No se separa de la atroz vigilia.
Ella no sabe contar, sino
Apegarse a las cosas torpemente
Para que se le queden a su lado

-Hijos que van creciendo y que una noche
Salen cantando, aullando salen, salen
Hacia las imperiosas servidumbres-.
Ya tras ellos va, fiel, la poesía,
La piadosa, la lenta, recreando
Sus rasgos, su manera de ser ciertos
En aquella mañana de aquel día.

LA VOZ

Qué extraños graznidos de pájaro agonizante,
Qué destrozos, qué revoloteo
Contra las rítmicas jaulas de aire,
Entre deshilachados tangos y sopranos rapidísimas,
Qué borboteo, qué impaciencia
En los rostros que agolpa la febril
Mirada, en la minuciosa mano
Que escruta amorosamente el país
Fragmentario donde, al cabo,
Soliviantando los ojos,
Emerge distante,
Reconocida, familiar, la voz
Que nos anuncia: *Cuba libre*.

LOS NOMBRES

Otra vez son los nombres
Los que irrumpen (opacos, minerales, suficientes)
En medio de la noche, y desde la boca
Que viene y va como si un viento
Oscilara entre sus sílabas;
A través de la esperanzada penumbra
Empiezan a desgranarse,
Recuento extraño y rápido del país:
Manzanillo, Victoria de las Tunas;
Puerto Padre, Jatibonico,
Cruces, Cienfuegos, Trinidad.
De una provincia a otra, de una palabra
A otra, los ojos van buscándose,
Las manos se aprietan, se agitan
Sobre la frente, como animales
Ágiles y voladores, o, alguna vez,
Como plantas pesadas que descienden
-Mientras desgarrada, tenaz,
La voz habla de los distantes lugares necesarios
Que tan de repente han entrado para siempre en
 El corazón,
Pedrerío de nombres que nos nombran
(Guantánamo, Baracoa, Santa Clara, Cabaiguán):
Los nombres desvalidos y fragantes
De la isla recuperada-

LA CARTA

Hoy llegó la carta del amigo que regresara
A la poderosa ciudad de Santiago.
En un abrumador día del verano nos despedimos.
Lo vi saltar, ligero y jovial, al auto.
Entre oscuras maletas, su mano rauda me sonreía.
Y el atestado carro, de cantarino designio nupcial,
Fue tapado por un ómnibus, por otro,
Empequeñecido, ido.

Esta mañana de diciembre me sorprendió la carta.
Alguien
La había traído oculta entre sus ropas.
Ah, las palabras, los rasgos que tantas veces
Había vito demorarse en las menudencias risibles
del día,
Torcerse con pueril malignidad en torno a un
apellido,
A una cara desafortunada,
Ahora,
De súbito,
Se disponían como una bandada tensa, frenética,
Sobre la arrugada página, se movían fervorosos
De una noticia a otra, hablándome
De la cercanía del territorio libre, de las hogueras
Que en la noche empalidecen las estrellas,

De la batalla cercana apenas interrumpida,
De las mudadas en medio de lo azaroso,
De las ciudades, de los pueblos
(nombres espléndidos, olvidados en grises libros,
irguiéndose).

Y concluían: *te vuelvo a abrazar*

Cuando seamos libres.

Me eché a caminar. Zumbaba en mis oídos

La conversación atropellada,

El brillo de los ojos con poco sueño

Y la desafortada luz de la esperanza

Que apenas podían retener las temblorosas palabras
en mi bolsillo.

EL CAPITÁN

Alguien dice: -Yo conocí al capitán
Cuando, muchacho aún, en una oscura
Tienda de calle oscura, desgarbado y tímido
Vendía zapatos. Se movía con servicial torpeza,
Varios pares bajo el brazo, o los hacía saltar
Como delfines: el amarillo suave, el blanco.
El vendedor de zapatos es hoy el héroe.
Yo lo conocí.

Y sin embargo, no (debo decirle, yo que no lo
conocí):
Él magnífico lo fue siempre.
En la confusa juventud, guardado en el bolsillo
Viajaba un raído libro
De su magra y chispeadora biblioteca.
Ganaba el pan en cualquier oficio, y en espera
De la tarea mayor que planeaba sobre él,
Tras de ascender como un ángel hacia celestiales
zapatos
Se deslizaba en un rincón, y mordía
Las palabras simples y decisivas del cuaderno
Que apresurado hojeaba.
El héroe distraía entre ropajes absurdos,
Junto a esa triste cerveza de las seis de la tarde,
Los años que preparaban su advenimiento.

Yo, que no lo conocí,
Lo imagino de vuelta del combate,
Jadeante, cansado, feliz acaso,
Echarse bajo un solitario árbol,
Memorioso de una niñez increíblemente atrás,
En un barrio roto y alegre,
Mientras sus dedos raramente sabios
Acarician la correosa piel de sus botas.

LOS INCREÍBLES

No era en otros países, lejanos, donde se desplegaba
El trapo de sangre, uñas y osamentas trizadas.
Los innombrables, los increíbles estaban entre
nosotros.

No hubo que imaginarlos, no hubo que comprarlos
En algún sitio de costumbre nocturna.

De nuestra tierra eran, acaso de nuestra ciudad.

¿De nuestro barrio? ¿Los vimos alguna vez

Cuando aún no ejercían la plenitud de la infamia?

El humillado del billar, el sobrante de las esquinas,

El torcido de dedos, el que no encontraba coloquio

Que no dispersara, el que se fatigaba

Con la prosa del periódico, el que no llegó

A consumir un lápiz, el que la prostituta

No toleró en su lecho, el que ahuyentaba a los

perros,

¿Es el sombrío diosecillo que armado de cuero y

metal

Espera en cámaras sofocantes a los puros jóvenes,

A los fervientes, y desde la oquedad

Del calabozo dirige la danza de alaridos,

De ojos silenciados con ceniza, de hombres

envejecidos de súbito,

De torsos detenidos, de cabezas clavadas,

De los pasos esos que más tarde, ahora mismo quizás,

Resuenan en la escalera de la casa?

LA ISLA RECUPERADA

El caballo, la mariposa, el marinero, el gato,
El pescado grande y el pescado chico
La meten aullando en el festival del que no se sale
Sino con los pechos cortados.

El aura tiñosa

Y la lombriz se regocijan. El caracol se distrae.

Pero el número de ojos diurnos se levantará de

nuevo,

Recto, altivo, casi divino,

Con algo de arcángel sin réplica,

Y echará a volar el aquelarre despedazado

Dejando herida pero renaciente

La carne de la doncella despierta.

EL OTRO

(Enero 1, 1959)

Nosotros, los sobrevivientes,
¿A quiénes debemos la sobrevida?
¿Quién se murió por mí en la ergástula,
Quién recibió la bala mía,
La para mí, en su corazón?
¿Sobre qué muerto estoy yo vivo,
Sus huesos quedando en los míos,
Los ojos que le arrancaron, viendo
Por la mirada de su cara,
Y la mano que no es su mano,
Que no es ya tampoco la mía,
Escribiendo palabras rotas
Donde él no está, en la sobrevida?

ÚLTIMA ESTACIÓN DE LAS RUINAS

Hace algún tiempo hablé de ruinas. Era
Entre frondosos versos jóvenes, y puse en su cabeza,
Como corona grande a rey pobre, éste de Èluard:
Mirad cómo trabajan los constructores de ruinas.
Pero yo no había visto ruinas. Las que nombraba
Eran de papel, de letras, de alusiones.
Y hasta de éstas, tan tenues, me fui olvidando.

Luego, una mañana, en el aire
De Londres, las ruinas se me echaron encima.
A la vuelta de una calle,
Ruinas vivas, ruinas muertas: la escalera solitaria
Levantada como un pajarraco
Y abriendo alas chirriosas,
La pared en que se olvidó pintada la casa,
El mapa brusco en el polvo, donde se arrastra
El corredor que a ninguna parte conduce.
Y el cielo inmenso circulando por los ojos
Vaciados del humoso cráneo.
Sobrecogido anduve entre el hueco de la ciudad.
Pero eran ruinas europeas, ruinas del mundo
Que se va despejando a golpes eléctricos
Entre tazas de té y vanas composturas.
Vuelto a la luz de la isla, fui olvidando esas ruinas.
Entonces las ruinas se levantaron de las letras,

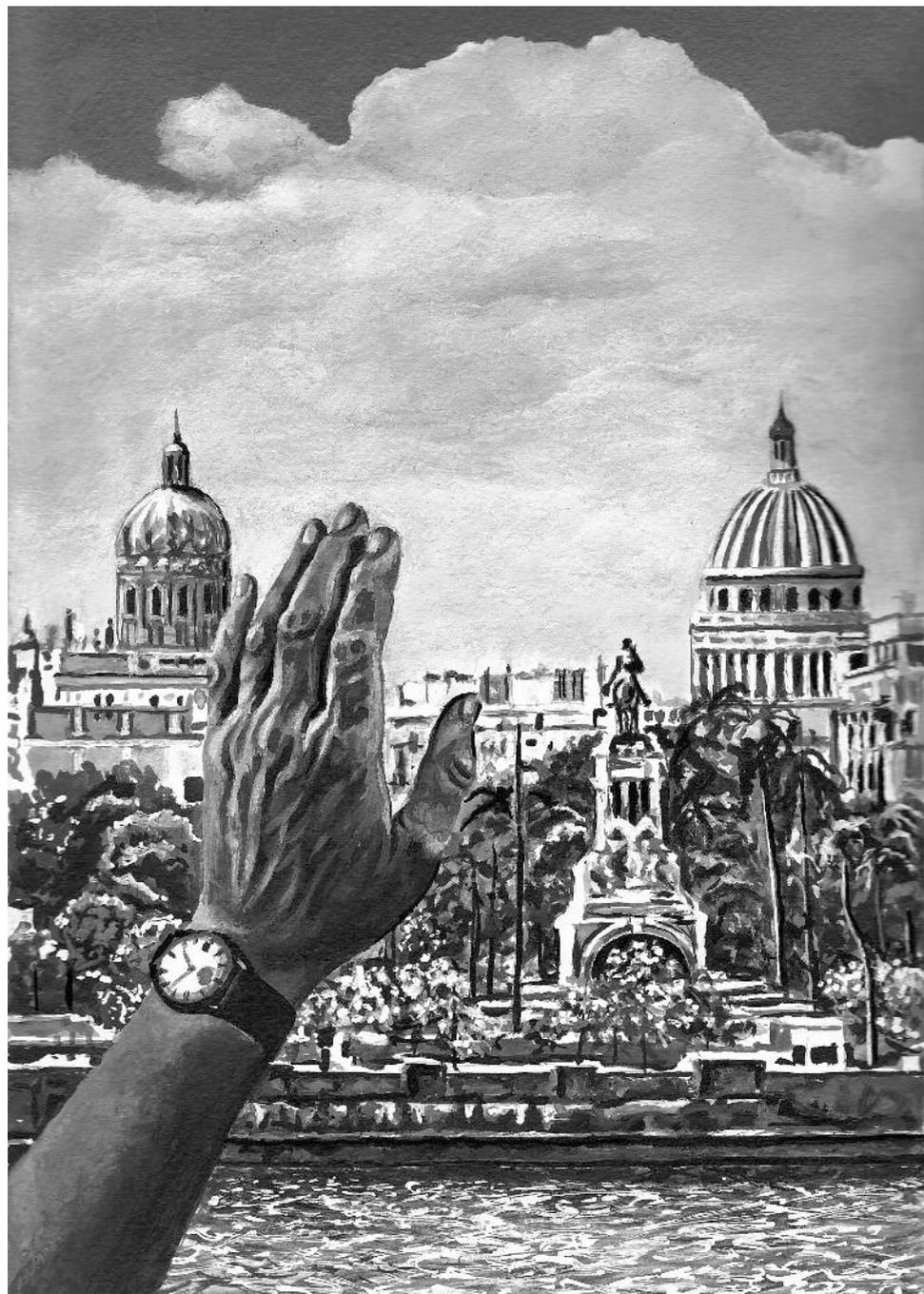
Desbordaron los cementerios europeos,
Los constructores de ruinas nos nacieron
Y la ciudad tan frágil, herbosa,
Y la de techos rojos y múltiples
Se hicieron espantada conversación del mundo,
Y largas caravanas vieron las calles polvosas
Bajo el tableteo y el trueno que se ignoraba
De dónde provenía –ronco, indeciso-.
Vi las ruinas después. No las contadas,
No las lejanas, sino las familiares,
Sino las fraternas: los agujeros
En las asombradas casas campesinas,
El evaporado almacén, como un rostro cariado.
*(Tuvimos, dice el anciano grave,
Noventiún muertos en la ciudad)*
No tapó esta vez la luz exagerada
De la isla a esos muertos, a esas piedras.
No importa que la alegre espuma de vivir
Se aprestara a restañar las puertas, a suavizar las
grietas:
Ruinas inconcebibles, en el otoño suave
Construidas de súbito, ladrillos desperdigados, ojos
Fijos y muertos no cesan ya de mirar, de demandar
Una memoria inagotable, la que se le negó
A la ruina escrita, a la ruina inglesa o italiana.
(Eso pasó en otra parte)
No hay otra parte. Ésta es la otra parte:
La que conoció el horror para que alimentara la
esperanza.

II. SÚPLICA Y ADIÓS.

SÚPLICA DEL CIEGO

Se olvidaba al ciego, sentado
En un rincón de la tosca vivienda.
Sabía del mundo por los ávidos
Y minuciosos dedos que como algas
Andaban por las cosas; y por
Los encontronazos que no podía
Evitar su cayado; pero sobre todo
Por el leal oído, despierto
Aun cuando dormitaban los secos ojos.
Y los oídos le decían
Otra vez, otra vez, las ásperas
Palabras de los hombres
Cuyos pies se repetían taurinos, cuyas copas
De labrados metales entrechocaban,
Cuyas armas revolaban, pájaros enormes
Entre risotadas imperiales.
El vacilante ciego que había olvidado
El brillo de la espada y el color de la sangre,
Sentado en su rincón, quería
Habitar también esa vida
Que era la vida de los otros.
Y recordó los verdaderos imaginarios,
Otros para todos,

Aun para los impetuosos de la casa
Que fatigaban su laborioso oído.
Y suplicó a la arisca deidad
Que se los entregara vivos
A él, arrinconado, el inútil.
Le musitó para comenzar: “Musa,
Canta del Peleida Aquileo la cólera...”



ADIÓS A LA HABANA

Que llevo tropezada como una casa,
Desde el mar que la circunda y le exige
Hasta los barrios y los primeros caseríos.
Ciudad agrietada cada día por el sol
Y rehecha en silencio
Desde el atardecer
Para que la mañana la encuentre de nuevo intacta,
Con sólo algunos papeles y muchos besos de más.
Única ciudad que me es de veras.
Ni mejor ni peor, ni llena ni pobre: verdadera.
En ella, aldea o paraíso,
Conocí el asombro, conocí el placer,
Conocí el amor, conocí la vergüenza, conocí la esperanza,
Conocí la amistad, conocí el esplendor
Cuando empezaron de nuevo un año y un pueblo.
Lo otro es llenarse los bolsillos
Para la fiesta del regreso.
Aún sin abandonarla, ya se preparan las preguntas.
No sólo preguntas retóricas:
¿Voy a cumplir treinta años fuera de La Habana?
Sino sobre todo preguntas como:
¿Qué haré sin la ventana abierta al cielo?
¿Qué haré sin la grieta de la pared de mi cuarto,
Sin los garabatos de la acera,
Sin los árboles de la cuadra, sin la llamada del

teléfono, sin el coro de los choferes?
La ciudad es también (me dirán) el alimento
podrido de la traición
Y los pájaros de boca fruncida que graznan con un
taconeo rápido.
Pero toda esa mancha de pluma mojada desaparece
Con un solo golpe inmenso y cristalino del mar,
Con una voz antigua como el tiempo
Que se desbarata contra los arrecifes y vuela sobre
la ciudad:
Sobre El Vedado carcomido, gris, echado bajo
árboles;
Sobre el Malecón veloz de los amantes; los
ilusionados pescadores y los niños;
Sobre las viejas fortalezas,
Sobre los parques atestados de héroes de piedra,
Sobre los muelles últimos y tenaces.
Allí, en su borde blanco, en su borde añil,
Está tendida a beber la ciudad.
Saluda a Casablanca del amor,
Y se incorpora en avenidas de árboles y carros,
Atraviesa el vicio silbador, se escurre
Entre callejas de maltratado prestigio,
Llenas de banderas, hierros y agua sucia;
Especula, cuenta, vende,
Hace castillos equilibristas de frutas,
Hojea revistas, busca telas y perfumes,
Canta como una selva profunda,
Persigue en la noche la danza de la noche,

Y luego del Obispo y de Neptuno,
Luego de La Rampa y de la Playa,
Se recoge hacia suaves tinieblas:
Vuelve a la Víbora, regresa a Santos Suárez,
Al cerro, a Luyanó,
Cierra los ojos, aguarda los pregones.